

LA ACADEMIA CALASANCIA

ÓRGANO DE LA ACADEMIA CALASANCIA DE LAS ESCUELAS PÍAS
DE BARCELONA

SECCION OFICIAL

Se convoca á los señores Académicos á la sesión privada que se celebrará el domingo 28 de Octubre á las diez de la mañana, y en la que se procederá á la renovación de la mitad de los cargos de la Junta Directiva, después de lo cual, el académico de número D. Alejandro Tornero de Martirena continuará su interrumpida serie de conferencias sobre el tema «Crítica del *Quijote*».

El Presidente,
RAFAEL MARSÁ Y DRAPER.

El Secretario,
JUAN BURGADA JULIÁ.

Con motivo del atropello cometido por protestantes y masones contra los sentimientos católicos de nuestra querida patria celebrando una mascarada de consagración de un templo y de un obispo protestante en Madrid, de que hablamos en otra parte de este número, la Academia Calasancia dirigió al Eminentísimo Cardenal Arzobispo de Toledo el siguiente telegrama:

«Barcelona 6 Octubre 1894.—Toledo. Emmo. Cardenal Arzobispo.—Academia Calasancia Barcelona une con entusiasmo su voz al coro de adhesiones dirigidas á V. Em. con motivo enérgica protesta por inicuo atentado cometido contra nuestra Santa Religión con apertura templo protestante Madrid al amparo oficial.—Presidente, Marsá.»

Y el Eminentísimo Purpurado se ha dignado honrar á nuestra Academia con la siguiente contestación:

«Presidente Academia Calasancia Barcelona.—Toledo 7: 10'45 mañana.—Alabando al Señor esperamos misericordia.—Cardenal Monescillo.»

SAN FRANCISCO DE ASIS Y LOMBROSO

Tanta nombradía y tal influencia van adquiriendo en España los libros y las ideas del italiano César Lombroso, á pesar de que aquí rara vez nos enteramos de lo que en Italia se escribe, que ya me parece, más que oportuno, indispensable que alguien les dedique una crítica algo detenida y severa, y los exa-

mine como deben examinarse los textos que nutren el entendimiento de una generación.

No es éste lugar adecuado para verificar el examen. No lo olvido, y aunque pudiese, me guardaría bien de emprender análisis que piden amplitud y cachaza. Dejando para mejor ocasión, si tal ocasión llegase, la crítica del fondo de las obras de Lombroso y de las dos ó tres ideas fundamentales que en ellas se diluyen, me contentaré con algunas ligeras observaciones, limitadas á un punto del libro titulado *El Genio* (*L'homme de génie*, porque ha de saberse que leo la obra en la versión francesa de la sexta edición italiana)

Lombroso es un escritor afortunado, chiripero, si se tolera el vocablo. En el primer capítulo de *El Genio* aprenderíamos, si lo ignorásemos, que desde tiempo inmemorial hay quien señala y sostiene el nexo misterioso entre el genio y la locura; que ya lo afirmaron Platón y Aristóteles, que ya lo sabían los hebreos, y que buen número de obras modernas, casi recientes, se han escrito sin más fin que demostrar tal verdad. Lombroso cita estas obras, y expresa sus autores; y sin embargo, ni el que escribió la *Historia literaria de los locos*, ni el que trazó las páginas del *Enlace del genio con el delirio*, ni el olvidado jesuita que estudió *El entusiasmo en las bellas artes*, han logrado que nadie se acuerde del santo de su nombre, mientras el de Lombroso va unido, en la opinión general, á esa tesis especiosa tan traída como lleva (que parece profunda porque es ambigua) de la indispensable demencia del genio

¿A qué debe su fortuna Lombroso? Creo que á sus condiciones de insigne vulgarizador, á su maña para compilar noticias y anécdotas que entretienen la curiosidad y sorprenden la fantasía, y á un notable desenfado en el modo de aplicar y utilizar esos materiales, de problemática solidez. Duro parecerá el juicio á los que pregonan méritos de Lombroso sin haberlo leído quizás; pero si le leen despacio, opinarán como yo, que, subyugada al pronto, necesité romper en mi interior uno de los ídolos de que habla Bacon para reconocer que no es dable escribir más á roso y veloso que el autor de *El Genio*.

Ante todo conviene advertir que yo no estimo á un escritor por la exactitud de sus datos, cuando de un escritor artista se trata. Al artista le pedimos inspiración, invención, elocuencia, sensibilidad, ingenio, estilo, cualidades que ni suben ni bajan porque se equivoque en una cita histórica ó interprete mal un hecho. Nada nos importan los anacronismos de los cuadros de Veroneso, donde salen los judíos de la Pasión vestidos de senadores venecianos, y sólo un sandio rematado podrá formalizarse por las inexactitudes en que incurre á cada momento el autor del *Quijote*. Pero esta lenidad debe convertirse en severidad hacia el escritor científico. Cuando se aducen hechos á fin de de-

mostrar teorías, cabe exigir que los hechos sean auténticos, ciertos, notorios, y *sobre todo demostrativos, probantes*. ¿Satisface Lombroso tan legítima exigencia?

Dejo á un lado la tesis misma, ó sea la clasificación del genio «al lado del crimen, entre las formas teratológicas del pensamiento, entre las variedades de la locura». No impugno ahora la idea general del libro: me fijo únicamente en uno de los pilares que la sostienen, ó sea en la biografía de San Francisco de Asís, incluido entre los *locos y maloides políticos y religiosos*.

Empiezo por decir que si yo fuese escritor científico no cimentaría mis hipótesis en un revuelto montón de heterogéneos sucesos y un desfile de personajes que la historia misma no tiene bien aquilatados; hablaría sólo de lo que hubiese visto por mis ojos y estudiado personalmente. Bueno que Lombroso se apoye en la biografía, verbigracia, de Lazzaretti y de Passanante, cuyo carácter puede conocer *de un modo rigurosamente científico*: pero ¿qué fe nos merecen deducciones sacadas de la biografía de Sesostris ó de la de San Pablo, ó de la de Keshab, máxime cuando Lombroso toma estas biografías del primer libro que encuentra, sin asomos de crítica, sin someter el dato á juicio contradictorio?

Nótese además en Lombroso otra incongruencia. Repito que no discuto la tesis; pero dado y no concedido que el genio, la locura y el crimen sean tres formas teratológicas paratelas del pensamiento, convendrá al menos saber hasta qué límites dilata Lombroso la esfera del genio, y si para él es genio todo el mundo. En nuestro casillero mental tenemos distribuidos los nombres de los personajes más ó menos ilustres, y á un lado ponemos los *ingenios y talentos*, los individuos dotados de luz y disposición natural para alguna manifestación de actividad psíquica, y á otro los que poseyeron esa luz en grado tan excepcional y eminente, que pueden, en su terreno, crear cosas nuevas y extraordinarias á lo cual llamamos *genio*. El Diccionario no está claro en este punto: nuestro Diccionario interino si lo está.

César, decimos, fué un genio militar; de Pompeyo no lo aseguramos, ni de Marco Antonio, que, sin embargo, no carecían de disposiciones felices para las armas. Ahora bien: Lombroso, en sus ensaladas de nombres, dista mucho de mantener el rigor de la clasificación admitida. Cuando para probar que los genios suelen ser bajitos de estatura cita á Arquímedes, á Diógenes y á Balzac, digo *amén*; pero cuando con el mismo propósito salen á relucir Mezeray y Luis Blanc, se me ocurre que por genios no les tuve nunca. Que Demóstenes y Cicerón fuesen flacos algo significará: que lo fuese Casio, nada para el busilis del genio, pues Casio no pasó de oscuro conspirador. Que Miguel Angel fuese zurdo tendrá su intrínquis; pero que lo fuese liberio no sé yo que venga al caso. Que Lope de Vega (á quien llama Lombroso

López de la Vega) escribiese versos á los doce años indicará que los genios son precoces; pero que el desvergonzado Restif de la Bretonne á los once ya hubiese seducido doncellas pareceme á mí que no engrana... Verdad que aun es más extraño citar gravemente la apócrifa anécdota de la manzana de Newton ó presentar á Colón como ejemplo de que el genio siempre es perseguido y ultrajado.

Viniendo á lo que me impulsó á trazar estos renglones, ó sea á la biografía del Santo de Asís, cualquiera pensará que al incluirle entre los «locos y matoides» Lombroso había de pasar los hechos y dichos del Santo por un alambique de donde saliese destilada la demencia. Muy al contrario: desafío á que nadie encuentre, en las cuatro páginas que dedica al Cristo de la Edad Media, una sola palabra que apoye la suposición de locura, ni siquiera de manía, ni aun de neurosis. Después de narrar la bulliciosa juventud de San Francisco, en que resplandece la alegría y la intrepidez propias de la sangre moza, dice textualmente Lombroso: «Su alma amable se reflejaba en sus bellas facciones, en sus nobles modales y en su liberalidad.» Á los veinticuatro años—sigo á Lombroso al pie de la letra—Francisco enferma de cuidado, al convalecer aparece pensativo y triste. Reza, y un día cree ver á Cristo clavado en la cruz. Conviértese, abraza la pobreza y llega á ser *grande* (no se olvide que habla Lombroso) por la afirmación y el triunfo de los sentimientos más amables, más suaves de la *humanidad*. Francisco, con el ejemplo y el precepto, predica el amor de la naturaleza, la concordia, la reciprocidad de efectos entre los hombres, el trabajo.

Poeta inspirado, compone el *Cántico del hermano Sol*, y—sigo extractando—para que brotase tal himno del alma amorosa de Francisco, preciso era que los gérmenes de universal caridad en ella depositados llegasen á perfecto desarrollo; que Francisco, por su propia virtud, hubiese conjurado el antiguo terror que, en la común creencia supersticiosa, poblaba de larvas enemigas los bosques, las montañas, las aguas, el aire...

«Así dió Francisco de Asís temprano impulso á la poesía religiosa en lengua vulgar.»

No dijera más ningún panegirista del Santo. Confieso que al ver en el índice de la obra y en la sección de *matoides* á San Francisco ya temí algún cruel análisis clínico semejante al dedicado á Lutero en la página siguiente. El mismo Santo, al profesar «la locura de la Cruz,» al decirle á Cristo, en arrebatadas estrofas, que había perdido juicio y sentimiento y sólo le mantenían los frutos de un árbol de amor, prestó armas á esa ciencia miope y superficial—que de puro cegatona viene á prescindir del método experimental y positivo en medicina, en fisiología, en psicología y en psiquiatría,—y preparado á Lombroso el camino para

hacer coro con los pilluelos de Asís, y arrojarle lodo y piedras llamándole insensato...

Pues he aquí que cuando Lombroso se aproxima á San Francisco sólo sabe decir de él lo que diría del hombre más cuerdo, más equilibrado, más dulce, más sereno en medio de los arrebatos de la más sublime inspiración religiosa; ni un síntoma morboso, nada patológico, todo humano, caritativo, efusivo... ¿Es ese el retrato de un demente? ¿Se manifiesta así la insania?

He tomado esta biografía para muestra de que Lombroso narra series de hechos que no sabe ó no puede interpretar en favor de sus doctrinas. Podría robustecer mi afirmación con citas numerosas. No me parecé Lombroso ningún quidam; no le niego elocuencia, ni peso y madurez; téngole por un científico de ropel y un erudito de centón, farragoso é indigesto al fin y al cabo, por la incoherente multitud de datos y nombres que aglomera y que de nada sirven. Cinco ó seis estudios formales, hondos, sobre determinadas personalidades históricas podrían tal vez llevar mayor convicción al ánimo. ¿No es mucho que afilie entre los locos á San Francisco de Asís el que pone en lista de genios á Casanova, Dabellay, Tiberio y Monseñor Dupanloup!

EMILIA PARDO BAZÁN.

EL PROTESTANTISMO EN ESPAÑA

Es vergonzoso lo que de algún tiempo acá ocurre en España respecto á la tolerancia de que el Gobierno hace alarde para con los protestantes. Diríase que no existe el artículo 41 de la Constitución ó que ha caído en olvido, si no fuera porque ya es público y notorio que se prescinde bonitamente de él siempre que, gobernando masones, estorba á las sectas disidentes. Los liberales son así: mucha libertad para el mal y trancazo á los buenos. Que hay protestantes en puerta, pues que pasen; que alborotan la casa, dejarlos; que la Constitución queda atropellada, pues allá ella. Pero eso sí, como haya un cura que predique contra la herejía, duro con él; aunque sea obispo, cardenal ó Nuncio.

No se diga que esto es exageración, porque la prueba bien á la vista está, y ella es irrecusable. Basta con discurrir acerca de lo ocurrido con los protestantes.

Proyectaron éstos levantar una capilla en Madrid, y la levantaron. Meses después dijo *El Ideal* que en el local que un tiempo fué Seminario de Nobles, en la Corte, con el de los Pedreros entre las calles de la Princesa, Ronda del Conde-Duque y Paseo de Areneros, se levantaría un edificio religioso del cual los protestantes harían su Catedral. Como duraba aún el unánime clamoreo

de los diarios católicos, es natural que para no aumentar la hostilidad de éstos se procurase echar tierra sobre el asunto; pero todavía está por ver lo que sucederá, pues cabalmente las obras debían comenzar el mes actual, después de trasladado á Carabanchel el hospital militar instalado en el antiguo Seminario de Nobles.

Pero sea de ello lo que fuere, á falta de Catedral, ya hay Obispo protestante, recientemente consagrado á su manera por otros infelices obispos de la secta disidente.

La cosa se ha llevado á cabo en la capital de la Monarquía con una seriedad ridícula por parte de los sectarios; de modo que el nuevo *obispo* protestante puede envanecerse de haber llegado á serlo en la España de San Fernando y de los Reyes Católicos, la que, aferrada á la Religión de Cristo, siempre ha sido azote de las sectas, y sobre todo de la protestante, que nunca, ni aun en los tiempos en que disponía de fuerzas considerables, pudo prosperar en ella.

De lo que no puede lisonjearse el infeliz *obispo*, es de haber sido recibido con agrado por los españoles, pues si el haber tomado en serio el favorecido su dignidad ha movido á risa, el quebrantamiento de la Constitución por parte de nuestros gobernantes ha irritado á todas las personas sensatas. Las reclamaciones al Gobierno por el atentado sectario perpetrado en Madrid han sido numerosísimas y enérgicas, empezando por el cardenal Monescillo y acabando por la juventud que forma las asociaciones católicas. De todas partes de España han llegado á su Primado ora lamentaciones, ora gritos de combate contra la consagración del obispo protestante; por manera que, si el Gobierno ha faltado á sus deberes tolerando un acto anticonstitucional, la nación ha sabido poner de manifiesto que todavía le sobra catolicismo para rechazar las osadías de los herejes.

Lo que principalmente deja malparado al Gobierno, es la infracción del precepto constitucional contenido en el artículo 11 del Código del Estado, y el cual, con ó sin aclaraciones, prohíbe toda manifestación pública de las sectas disidentes de la Religión verdadera, dentro del territorio español. Y públicas han sido las manifestaciones de los protestantes en lo que respecta á la consagración de su nuevo obispo, aun cuando el acto se perpetrase á puerta cerrada; pública la llegada á Madrid de los sectarios extranjeros, y públicos el nombre y circunstancias del *obispo*. Pero lo repugnante del hecho es el establecimiento en España de una dignidad herética en frente de la Religión Católica, que no solamente es la del Estado, si que también patrimonio de los españoles, heredado en el transcurso de la historia patria, cuyas glorias y cuyos prestigios de aquélla proceden.

Y es muy de lamentar que el Gobierno no haya querido comprenderlo así, porque de otra manera habría evitado un día de

vergüenza para España. Pero si bien paramos la atención en algunos de los personajes que del Gabinete forman parte, la cosa tendrá fácil explicación.

Sabido es que en estos asuntos el Sr. Sagasta es muy amigo de *laissez faire, laissez passer*, y que el Sr. Moret es por su parte muy amigo de los extranjeros y sobre todo de los ingleses; por donde no es difícil colegir que nuestros gobernantes no solamente tolerasen el atentado de los disidentes, sino que la fuerza pública defendiese á éstos contra unos niños que vitoreaban á la Virgen.

Ahora bien: lo ocurrido recientemente en la Corte debe ser para los católicos un poderoso llamativo á fin de que no permanezcamos en la inacción y nos apercibamos valientemente contra el adversario. Ya dijimos hace algún tiempo, combatiendo á los sectarios en quienes actualmente nos ocupamos, que el Protestantismo acarrea el desprestigio de toda autoridad en la libre conciencia y la inmoralidad en todo su ser, corrompido ya por sus impuros patriarcas.

Crede fortiter et pecca fortius fué el aforismo dado por Lutero á la secta protestante; y esta doctrina en mal hora propagada en épocas azarosas, engendró el racionalismo, que tuvo su periodo álgido á fines del siglo pasado y que completó la obra suprimiendo la primera parte de aquel funesto imperativo y embozando la segunda en la capa de la petulante ciencia enciclopédica.

Los españoles, que por la sabia previsión de Carlos I y sobre todo de Felipe II, pudieron prevenir la invasión del Protestantismo, no supieron hacer lo propio con las ideas modernas, y ellas nos han conducido al estado en que nos encontramos.

Lo que ocurre en el individuo ocurre en la sociedad: al prescindir de la verdad divina, de que es única depositaria la Iglesia Católica, decae el sentimiento y ofúscase la inteligencia; y perdido el vigor del alma, camínase á todos los extravíos.

Pues bien: ya que en la actualidad la salvadora idea católica va recobrando poco á poco la hegemonía que en otros tiempos tuviera, debemos los católicos colocarnos al lado de los obispos y del Papa para combatir sin descanso á los que intentan sembrar la semilla de la discordia en nuestra patria, muy venturosa cuando la Religión presidía todas sus empresas; y debemos mantenernos muy unidos para ser muy fuertes. — JUAN BURGADA JULIÁ.

La caridad cristiana y la filantropía

Acabamos de estampar dos palabras cuya diversa significación salta á la vista, como que son la expresión de dos ideas

antitéticas, hija una de las más nobles afecciones que en el corazón humano pueden inspirar los sentimientos religiosos proclamados por el Mártir del Gólgota al derramar su sangre en la cima del Calvario, expresión la otra del mal llamado humanitarismo, que, proclamado y llevado á la exageración por la revolución francesa, ha invadido todos los órdenes de la vida social, reinando hoy como soberano altivo y caprichoso que impone su ley á los que estan apartados de Dios.

Para los que tenemos la inmensa dicha de profesar la Religión verdadera, todos los hombres somos iguales ante nuestro Creador: el aristócrata, cuyos antepasados fueron modelo de caballeros heroicos y conquistaron con la punta de su espada inmarcesibles lauros, el protegido de la fortuna, con la que se proporciona toda clase de diversiones y pasatiempos; el comerciante que aguza continuamente el ingenio para encontrar combinaciones mercantiles favorables; el humilde obrero, que, ocupando las infimas capas sociales, gana el pan con el material sudor de su rostro; y el pobre de solemnidad que vive de la caridad pública todos han sido redimidos por la Sangre del Crucificado, y entrarán sin distinción en el Celeste Empireo si por sus obras se han hecho acreedores á ello.

De esta verdad inconcusa que constituye una base esencial de nuestras creencias, dedúcese fácilmente el sentimiento de la caridad, porque si todos los hombres tenemos un mismo origen y un mismo fin, si todos somos hermanos, ha de nacer de aquí necesariamente una conmiseración para nuestros semejantes siempre y cuando, por uno ú otro de los mil motivos que se ofrecen en este valle de lágrimas, experimenta uno de ellos algún disgusto, alguna contrariedad y, lo que aun es más, alguna desgracia de trascendencia, ya en su fortuna, ya en su salud, ó en cualquier otro aspecto que puede ofrecerse.

Además, nuestra Religión nos prescribe de un modo taxativo la caridad para con nuestros semejantes: el Catolicismo que convirtió en luz clarísima las tinieblas que cubrían el paganismo, que mejoró la condición de la mujer, que sentó el verdadero concepto de la libertad, igualdad y fraternidad, bien entendidas, que dió la exacta idea de la personalidad humana realizando en el orden del tiempo la transformación mas trascendental que han presenciado los siglos, es evidente que no podía permitir que subsistiese el egoismo y exclusivismo pagano, y, efectivamente, á su impulso despiertáanse los nobles sentimientos que Dios imprimió al corazón humano, trocándose en caridad la antigua indiferencia y hasta rencor de unos hombres á otros.

Al sople vivificante del cristianismo, almas privilegiadas, escogidas por la Providencia para ser ejemplos de cuáles son los frutos de la Religión católica, abandonan el mundo, sus placeres, toda suerte de comodidades, la misma familia, las más inti-

mas afecciones de su corazón, y fija la vista en Dios y el pensamiento en los pobres, retiranse al interior de humildes celdas para procurar su perfeccionamiento moral y el bien de sus hermanos. Vicente de Paul, Camilo de Lelis y los que les siguen, realizan prodigios de amor al prójimo, desviviéndose por servir á las clases humildes, especialmente á los enfermos, por repugnantés y contagiosas que sean sus dolencias.

¿Qué decir de las hermanas de la Caridad, heroicas mujeres que abandonando el camino sembrado de flores con que les brinda el mundo, prefieren la encrucijada cubierta de espinosas hierbas que acaso han de causarles profundo dolor? Allí en los hospitales, las vereis cuidando con solícito afán á un enfermo cuyo mal contagioso no es difícil que acabe también con la enfermera, procurando su salvación física á la vez que la eterna, velando noche y día aquel cuerpo en que se ha cebado tal vez el cólera ó alguna otra enfermedad que infunde espanto á los demás hombres. No han faltado naciones que, llevadas de su espíritu antirreligioso han expulsado las hermanas de la Caridad, pero en cuanto una epidemia ha asolado las ciudades, llenando los hospitales y después los cementerios, han tenido que volver sobre su primitivo acuerdo, llamando á toda prisa á las hijas de Vicente de Paul.

Y ¿qué diremos de la caridad privada, ejercida en las buhardillas en que habitan los desheredados de la fortuna, y que encuentra en el silencio su mayor realce? Porque hay que advertir que la caridad, por lo mismo que espera ser premiada en la otra vida, no es amiga de la ostentación; ejércese con frecuencia entre las descarnadas paredes de dismantelada habitación, sin que nadie mas que Dios y el socorrido sea testigo de la misma. Este misterioso silencio sin duda no lo comprende el siglo actual, amigo de la fastuosidad y de hacer públicos aun los actos más insignificantes; únicamente abarca su importancia el alma virtuosa que si bien con sus pies se pone en contacto con el mundo, en cambio su frente se eleva al cielo y en él resume todas sus aspiraciones.

Pero frente á frente de la caridad inspirada en el cristianismo, levanta la impiedad lo que llama filantropía, humanitarismo: atenta la revolución á destruir, si le fuese posible, hasta los gérmenes del nombre cristiano, á arrancar de los corazones el más insignificante átomo de fe y de nuestras facultades hasta el más pequeño recuerdo de prácticas religiosas, y en su furor por la innovación, no ha vacilado ni un solo instante en desechar las ideas más indestructibles de la Religión, ó en todo caso desnaturalizar aquellas con las que no ha creído prudente luchar frente á frente ó cuyo fondo de verdad ha tenido que reconocer á su pesar. El que de un modo desembozado hubiese querido ridiculizar el sentimiento de la caridad, habría merecido la execra-

ción de sus conciudadanos; la teoría que tal hubiese hecho, habría firmado su sentencia de muerte; y los enemigos del nombre cristiano, comprendiéndolo así, han procurado buscar un fundamento meramente humano, racionalista, á la caridad, transformándola también en cuanto al modo de practicarse.

En oposición á la moral católica, adúcese la titulada moral universal, y en ella se pretende fundamentar la caridad, deduciéndola ya del placer interior que experimenta el hombre al hacer el bien, y que no nos explicamos en el positivismo del altruismo ya de la comunidad de origen, por ser el hombre producto del evolucionismo. No hemos de detenernos á refutar tales aseveraciones, hijas del moderno racionalismo, porque carecemos de espacio para ello, y además ningún católico les dará crédito alguno. Nosotros, entre explicaciones tan absurdas y la católica, nos quedamos con esta última, no sólo porque á ello nos obliga la fe, sino también porque la inteligencia la concibe más exacta, ennobleciendo la caridad hasta un grado inconcebible. Y ¿cómo no si aun los mismos indiferentes en materia religiosa, y los ateos, si los hay, juzgan el catolicismo bajo el aspecto meramente histórico, como una escuela filosófica superior á las demás que se han desarrollado en el transcurso del tiempo?

No creen los modernos racionalistas que haya un más allá después de este mundo: por tanto todos los actos del hombre deben mirar únicamente á este mundo. Partiendo de este supuesto la razón no acierta fácilmente el por qué el hombre ha de sacrificarse por sus semejantes: muy al contrario, se concibe la resurrección del egoísmo predominante en la época pagana, por que entonces lo natural es que el hombre piense únicamente en él, en divertirse y pasar del mejor modo que pueda esta vida.

La práctica demuestra que así ocurre realmente. La sociedad moderna, conmovida profundamente por hallarse relajados los lazos morales que unian sus elementos componentes, dominada por el más grosero materialismo, se mueve únicamente agitada por los placeres materiales; la abnegación se halla por completo desterrada del cuerpo social. Mucho se habla de filantropía y humanitarismo, pero donde hay alguna lágrima que enjugar, algún desgraciado que socorrer, se encuentra siempre la hermana de la Caridad: si hay algún filántropo será á título de curiosidad ó con miras interesadas, y aun procurará que al día siguiente toda la prensa elogie su acción, al paso que la verdadera caridad prefiere el silencio, bastándole el goce espiritual de haber practicado el bien. Si alguna vez se han ensayado embemeras laicas en los hospitales, ya conocemos el resultado que han producido; en cuanto se declaró años atrás el cólera en los hospitales de París, los enfermos quedaron abandonados, y hubieran muerto sin auxilio á no ser las hijas de Vicente de Paul,

que volvieron á Francia en aras del cumplimiento de su deber, olvidando generosamente los agravios recibidos.

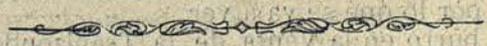
Estos si que son ejemplos dignos de ser esculpidos en bronce y en letras de oro si no fuesen repitiéndose con tal frecuencia que no es necesaria ninguna lápida para recordarlos, porque están continuamente á la vista de todos. Cuando el humanitarismo nos presente un ejército de heromas que substituyan con ventaja, y aun sin ella, que igualen solamente á las hermanas de la Caridad, tendrá derecho á defender sus tendencias y á que se le reconozca como beligerante frente á frente de la caridad cristiana. Mas vanamente podemos esperar: ni los humanitaristas ni nadie más que Dios es capaz de hacer milagros.

Los que, inspirados en las tendencias de que tratamos, quieren substituir la caridad por la filantropía, sin duda no conocen la inmensa distancia que va de una á otra, porque si á la primera le caracteriza la abnegación y se ejercita en el silencio, en cambio la segunda necesita como medio ambiente para su existencia una mira interesada que en último extremo suele reducirse á placer. Y así no es raro ver que, cuando una calamidad pública nos asola, las almas verdaderamente caritativas apresúranse á entregar su óbolo, mayor ó menor, al paso que los filántropos organizan corridas de toros, bailes suntuosos, funciones teatrales para destinar su producto líquido á beneficencia: es decir que mientras los afligidos por una desgracia están sujetos á toda clase de privaciones y estrecheces, aquéllos se divierten tomando como pretexto recaudar fondos con fines benéficos. ¡Terrible sarcasmo que hemos de agradecer á las actuales tendencias humanitarias!

La materia de que nos ocupamos es un punto de vista parcial de la gran lucha que se libra en los tiempos modernos entre la Iglesia Católica y sus enemigos. Es en vano que estos últimos se esfuercen para obtener la victoria, porque aparte el carácter divino de la Religión, aun bajo el aspecto meramente humano, no puede ser igualada por ningún sistema filosófico, y todas las instituciones que se imaginen para substituir á las similares de la sociedad eclesiástica, jamás podrán igualarlas en perfección, y no podrán por tanto substituir las ventajosamente. Así sucede con la cuestión que acabamos de esbozar: dígase cuanto se quiera, la filantropía no podrá nunca superar, ni siquiera igualar, la caridad cristianamente ejercida.

CASIMIRO COMAS DOMENECH.

Barcelona, Octubre 1894.



Un apólogo crítico de D. Manuel Fernández y González

I

Hallábase cierta tarde el gran novelista sentado para amigable tertulia con varios ateneistas en la *Cacharrería* del antiguo Ateneo de Madrid.

Como las explosiones de enojo eran en el bueno de D. Manuel tan chispeantes, daban todos en el pecado de provocarlas, viniera ó no á cuento, fuese ó no muy discreta la provocación.

Un ilustre crítico comenzó dicha tarde á elogiar ponderativamente al famoso novelista francés Emilio Zola.

—¡Cállese, hombre, por Dios, y no diga dizlatez!—exclamó D. Manuel.

—¡Cómo, D. Manuel!—dijo el crítico.—¿No es usted admirador del gran maestro Zola?

—¡Maestro! ¿Y por qué ez Maestro?

—Porque á él se deben las nuevas corrientes del arte.

—Zi, pero ezas corrientes zon laz de laz alcantarillaz.

—Maestro, parece imposible que diga usted eso.

—Puez ¿qué he de decir? ¿Qué ha *inventao* eze pezetero, cuya profundidad tiene el zondaje de la cloaca y cuya crítica ez la chismografía de las porteraz?

—Maestro, Zola ha traído el naturalismo y nuevos procedimientos de información para el artista.

—¡Er naturalismo! ¿Y qué ez er naturalismo?

—El naturalismo, maestro,—dijo el crítico,—es procedimiento por el cual el artista debe huir de la concepción de delirios é ir á tomar sus modelos, sus inspiraciones y sus ideas á la misma naturaleza.

—Puez ezo me recuerda un cuento.

—¡Venga, venga el cuento!—clamamos todos con animoso regocijo.

El maestro, entonces, se dispuso, entre enojado y complaciente, á darnos gusto diciendo:

—Poz cúmplaze la voluntad nacional. ¡Y vaya er cuento!

II

Habia en *Granaa* un burro que era *mu agradecio*...

Tengan presente, zeñorez, que se trata de un burro; zi ze tratara de un hombre, la gratitud zería una figura retórica.

Puez adelante. Como decía, era *mu agradecio*, y *mazplicaré*: era *mu agradecio* por lo que se va á ver.

Vivía este burro en la Venta de la Trapizonda, que eztá, ze gún ze va ó ze viene de aquí para allá, á la *vera* der Genil.

En dicha venta estaba er gato aquél que decía: ¡*miiserial!* ¡*miiserial!* cada vez que largaba un maullido, y er perro aquél que ladraba: ¡*jambre, jambre, jambre!*... y er gallico aquél que replicaba: ¡*ziempre la huubooo!*

Ar gato, claro que no debía er burro favor arguno, pero zi ar gallo y ar perro.

Cuatico que la aurora rayaba con zus lucecillas de colores, cantaba er gallo: ¡*No hay que dormir!*, y esto lo cantaba por *espabilar* ar burro y tenerlo bien despierto; de módo que cuando el amo llegaba, el gallo había ahorrado al azno una palisa.

Cuando er burro salía á loz caminos y á loz pueblos, er perro marchaba á la *vera* de él para defenderlo de loz otroz perros y de la diablura de loz muchachos.

Estoz eran loz favorez que er burro estimaba de zus buenos compañeroz.

—¿Cómo lez pagaré yo tan finaz atenciones?—se decía er burro.

Ya estaban entonses en moda loz banquetes, y er burro ze dijo:—Puez lez daré un banquete.

Er *menú* era difícil, porque lo que el azno ze decía:—Grano comemos er gallo y yo, pero no lo come er perro; huesos loz come er perro, pero no loz comemos ni er gallo ni yo. Ademáz de que debo ofreserle *manjarez mu delicaos*. Y ¿dónde iré yo por ezaz delicadezas?

Hallábase er burro pensando y pensando ar discurrir «eztaz cozas» en un hermoso *prao* ezpecito de grana, fresco y losano que era un contento.

Acordábase en aquer momento de haber visto al amo regalarze con pan y miel.—¡Ezto, ezto zi que zería un buen manjar pa obzequiar á loz amigoz!—pensaba nuestro zujeto. Er pan podía er burro robarlo der zeron cuando de la tahona á la caza llevara la hornada de la zemana; pero ¿y la miel? ¿dónde ir por la miel? (Fijense ustedez que aunque zoy andaluz, digo *miel*, porque ezto importa mucho á la filozofía de la hiztoria)—decía D. Manuel, interrumpiendo el seguido curso del relato.

Movía er burro maquinalmente de uno á otro lado er rabo, zeñal de preocupasión, y azi unaz veses juntaba y otraz zeparaba las orejas, ó ponía la una tieza y la otra *dezmayá*, y, en fin, estaba tan *distrato*, que unaz veses mordía unoz cardoz y otraz unaz mata de borraja.

Llegó en ezto una abeja refunfuñando como laz perzonas *mu trabajadoras*, que zuelen tener *mu* mal genio.

—Zopenco,—dijo al azno,—cómete ezoz cardoz y déjame á mí laz mata de borraja, que er campo ze ha hecho para *toos*, y de ezas florecillas *moraas* zaco yo la materia para mi induztria.

—Puez ¿qué erez tú?—preguntó er burro.

—Confitera,—respondió la abeja.

—Y ¿qué dulces haces?

—Uno que á ti no te importa. ¿No haz oído desir que no ze ha hecho la miel para la boca del azno? Puez bien, yo hago miel; como eziaz florez, y luego, por un zitio zemejante á aquel que á ti te sirve para dar estiércol, yo vierto la miel.

—Bueno, puez vete en paz, —replicó er burro.

Mordió loz cardoz y ezperó á que la abeja hubiera concluído su faena, y luego que el insertillo desapareció; dióze er borrico, durante toda aquella tarde una enorme *hartaa* de marva, borraja, amapola, *toa* claze de plantaz glucozaz. ¡Qué! ¡Zi ze puzo que ni la *anacaleria* de un herbolario.

Llegao que fué el *anochecio*, llamó ar' perro y ar gallo y les dijo:

—Poneoz aquí á la cola y veréis qué miel.

Y en efecto, er burro comenzó á echar pelotillas de estiércol.

Porque zi el artista ez abeja, —añadió el ilustre narrador,— de la naturalesa zacará miel exquisita; pero cuando er burro va á la naturalesa da... lo que dijo Cambronne en Waterloo.

Z.

LITERATURA RELIGIOSA

EL LIBRO DE JOB

El libro que vamos á examinar es el más antiguo del mundo, y compuesto por Moisés antes probablemente que el *Pentateuco*. Por esta sola consideración era acreedor á nuestro más profundo respeto, como los restos arqueológicos de tiempos desconocidos; pero si atendemos al alto origen de esta obra, que se remonta nada menos que á la Divinidad, el respeto se convierte en veneración religiosa.

Nosotros, prescindiendo de esta circunstancia, que le pone fuera del alcance de la crítica, habiaremos del Libro de Job como de una producción del entendimiento humano, como quiera que el Señor, al inspirar sus misterios á los autores de los sagrados cantos, se acomodó á la capacidad y estilo de cada uno.

La poesía hebrea tiene, como la de todos los pueblos, un sello, un carácter peculiar que la distingue aun entre los mismos orientales. En los monumentos que de ella nos restan, ya desparramados en los libros prosaicos de la Biblia, ya formando un cuerpo aparte en ese archivo de las armonías y de los misterios del Señor, apenas hay género alguno sin desflorar, desde el sencillo pastoril hasta el épico y lírico sublimes. Pero todo bajo formas extrañas para nosotros, que por muchos siglos he-

mos marchado, según dice un escritor distinguido, como encajonados entre los valladares que levantaron los serviles imitadores de los paganos. El estilo varía según la diversidad de autores, según su carácter y condición social; pero en todos hay una vehemencia y energía de pensamientos que raya muchas veces en dureza; en todos sencillez y lisura en la frase, y un raudal impetuoso de incierto y revuelto giro en la fantasía, que obliga al poeta á adoptar ya el estilo narrativo, ya el dramático con transiciones bruscas y repentinas. Por último, distínguese la poesía hebrea en la magnificencia de sus ideas y en la estructura del verso y de la sentencia.

Aun no se ha podido averiguar con seguridad la índole particular de su prosodia y metrificación; y como quiera que carezcamos de pauta segura en la pronunciación de sus palabras y entonación de las sílabas, gracias al estilo y al corte de los periodos podemos distinguir los libros poéticos de los prosaicos.

Nótase gran diferencia material entre la poesía sagrada y la profana de aquel pueblo á poco que se descende al fondo de los pensamientos, cosa explicable, ya que la una bebía en purísimas fuentes emanadas del trono del mismo Dios, y la otra se abrevaba en los raudales de la inspiración de la naturaleza, impuros ya desde el primer pecado del hombre. Es curioso, sin embargo, comparar á Salomón, que en *El Cantar de los cantares* se aleja en la apariencia de su divino objeto, con Teócrito, Mosco y Bivio, bucólicos griegos con los cuales tiene mayor analogía. Teócrito es el poeta griego de más sencillez y de mayor ternura, y, no obstante, ¡que frío parece al lado de los dulcísimos arranques y melancólicas inquietudes de la enamorada esposa! Es necesario convenir con la Iglesia, para comprenderlos completamente, pues en aquellos suaves coloquios y dolientes arrullos se encierra un amor desconocido en el mundo y que es un destello del de la fruición de los bienaventurados.

Los dioses de los griegos no eran más que hombres, y no por cierto de los mejores; con todas sus debilidades y pasiones, y con el triste privilegio de su perpetuidad de una vida que llegaba á serles aborrecible, el Júpiter de Homero, con una perfidia que los mayores apasionados de este célebre poeta no han sabido disculpar, envía cierta noche un sueño á Agamenón, para que este príncipe, teniéndole por una inspiración divina, salga al combate, y sea víctima de los troyanos. En el Dios de la *Biblia*, á pesar de la terrible magnificencia de que se ciñó en el Monte de Sinaí, se deja ver al mismo Dios del Evangelio, padre universal de todo lo creado, rebosando bondad, y muriendo por último, para abrir las puertas del cielo á sus verdugos.

El pasaje en que Homero pinta con mayor sublimidad á Júpiter, el pasaje citado justamente como uno de los trozos más brillantes de la *Iliada*, es el siguiente:

«Dijo así: y el Saturnio mover hace
 Sus formidables cejas. Los cabellos
 Que ambrosia destilan, se estremecen
 En la inmortal cabeza del Tonante
 Y hace que todo tiemble el grande Olimpo.»

El Dios de la *Biblia* se retrata generalmente en sus palabras, lo cual supone mayor inspiración y mayor conocimiento de su ciencia.

Dice: *sea la luz: y fué la luz*; le preguntan *¿quién eres?* responde en una sola palabra: *yo soy el que soy*; esto es, yo soy el que existo por mí; todo lo cual significa la palabra Jehová.

Quando la *Biblia* quiere pintar á Dios, no se contenta con hacer estremecer los Cielos, como Homero: con una rapidez inconcebible de imaginación, en poquísimas palabras reúne cuanto sublime puede caber en la mente del hombre: rayos, fuego, torbellinos, obscuridad, truenos y estremecimiento, todo se reúne en uno de dos versículos, y hace aparecer al Dios del Sinai infundiendo asombro al universo. Todo desaparece á la llegada del Señor, y Él es siempre la única figura de cuadro tan magnífico y misterioso.

Esta sublimidad, este lujo de imágenes terribles y de rapidísimas y vivas comparaciones, es más común en *Job* que en todos los demás poemas sagrados, y esto es lo que vamos á demostrar en este pequeño estudio crítico.

Octubre 1894.

A. TORNERO DE MARTIRENA.

(Continuad)

Cómo compuso Beethoven su sonata "A la luz de la luna,,"

El ilustre Beethoven nació en Bonn, en una casa de la calle del Rhin (Rhein Gatte).

En la época en que tuvo lugar lo que voy á referir, ocupaba el insigne maestro un modesto cuarto cuya ventana daba al *Römerplatz*.

Estaba entonces tan pobre, que el miserable estado de su traje no le permitía salir sino por la noche. Sin embargo, tenía un piano, libros y recado para escribir, y, á pesar de sus privaciones, pasaba ratos felices.

Aun no se había quedado sordo y, podía, por tanto, gozar de la armonía de sus composiciones: en sus últimos años no pudo tener ese consuelo.

En una fría noche de invierno, fué á visitarle un amigo íntimo y le encontró sentado junto á la ventana, á la luz de la luna, sin

fuego y sin otra luz que la que daba el astro de la noche. Tenía la cabeza oculta entre las manos y su cuerpo se estremecía de frío.

El amigo le invitó á dar un paseo y á cenar después juntos, esperando distraerle de sus lúgubres ideas. Consintió Beethoven en salir, pero continuaba siempre sombrío y presa de profundo desaliento.

—¡Detesto el mundo,—dijo como hablando consigo mismo,—y me detesto á mí propio! ¡Nadie me comprende ó no se ocupa de mí! ¡Tengo genio y se me trata como un pária! ¡Tengo corazón y no encuentro más que seres indiferentes! ¡Soy muy desgraciado!

Y así continuó el desdichado maestro, hasta que, pasando por una estrecha y oscura calle, percibió el rumor de los sonidos de un piano viejo.

Beethoven miró á su amigo con ojos centellantes.

Lo que oía era un fragmento de su sinfonía pastoral, no conocida todavía.

La casa de donde salían aquellos sublimes sonidos tenía un aspecto modesto, y, á través de las hendiduras de las maderas que cerraban la ventana, se veía luz.

Beethoven se aproximó para oír mejor, pero el ejecutante cesó de repente, y, tras un momento de silencio, se oyó una mujer que decía:

—No puedo continuar, Federico.

—¿Por qué, hermana?

—No lo sé. Tal vez porque la composición es magnífica y no me siento capaz para interpretarla como se merece. ¡Cuánto daría yo por oír esta pieza, ejecutada por una mano experta!

Beethoven miró á su amigo y dijo de pronto:—Entremos.

—¿Para qué?

—Quiero ejecutar esa pieza, — exclamó con entusiasmo. — ¡Aquí me comprenderán!

Penetraron ambos en la casa, y, después de atravesar un corredor oscuro, llegaron á donde había una puerta entornada. La empujó el maestro y penetraron en una habitación adornada con algunos muebles toscos y un piano de mesa. Un zapatero joven trabajaba cerca de una mesa y, á su lado había una joven tristemente reclinada sobre el piano.

—Perdonad,—dijo Beethoven, que no podía disimular su turbación;—he oído música y no he podido resistir á la tentación de entrar. Soy músico.

La joven se ruborizó y el zapatero miró á los visitantes con ademán grave.

—He oído también algunas de vuestras palabras,—continuó Beethoven,—y he creído comprender que no os disgustaría oír esa pieza... En una palabra: ¿queréis que la ejecute?

—Gracias,—dijo el zapatero;—nuestro piano es malo, y además no tenemos pieza alguna de música.

—Pues ¿cómo esta señorita...?

Beethoven enmudeció de repente apenas se fijó en la joven. ¡Era ciega!

—Perdonad,—repuso súbitamente,—pero no había... Según eso, ¿tocáis de memoria?

—Sí,—repuso la joven.

—¿Y dónde habéis aprendido esa pieza?

—La oí hace dos años á una señora.

—¡Oh prodigio!—exclamó el maestro.

Así transcurrieron breves momentos, y como Beethoven se apercibiera de la turbación de la joven, se sentó, sin hablar, más junto al piano y principió á tocar.

Jamás ejecutó el insigne maestro con tanta ternura y pasión.

Todos le escucharon largo rato inmóviles y sin atreverse á respirar. El zapatero y su hermana estaban mudos de asombro y como electrizados. El había dejado el trabajo y ella se había aproximado cuanto le era posible para no perder una sola nota de aquella sublime música. Parecía que todos estaban bajo el encanto de un extraño sueño.

De repente la llama de la lámpara lanzó un rápido resplandor y se apagó. Beethoven cesó de tocar.

Se abrió la ventana, y la luna, que brillaba en el firmamento, inundó la estancia con su blanquecina luz.

Este incidente rompió sin duda las ideas del maestro, quien, inclinando la cabeza sobre el pecho, permaneció largo rato como abismado en profunda meditación.

En este momento los rayos del astro de la noche daban de lleno en la artística y sublime cabeza del maestro, el cual dijo con tono de buen humor:

—Voy á improvisar una sonata á la luna.

Contempló durante un rato el firmamento sembrado de estrellas, y después comenzaron sus dedos á recorrer el teclado produciendo un encantador preludio, cuya melodía, tranquila y suave, semejaba los rayos de la luna esparcidos sobre las sombras de la tierra.

Este delicioso preludio fué seguido de una pieza á tres tiempos, rápida, animada, caprichosa, á la que sucedió un *presto agitato* á guisa de final, un verdadero aluvión de notas, que hacía estremecerse de placer...

Beethoven se levantó precipitadamente, y, apenas sin despedirse, corrió á su casa, y, preso de aquella agitación, escribió esa hermosa página musical que se titula *A la luz de la luna*.

¿Volvió Beethoven á ver á los hermanos?

Nadie lo sabe.

Por la copia,

A. PÉREZ SO RIANO.

DIOS

Tú siempre regirás con tus eternas.
Leyes, sobre los orbes que gobiernas.

NÚÑEZ DE ARCE.

Todo en la creación su gloria canta:
Todo su augusta majestad ostenta:
La cumbre que hasta el cielo se levanta;
El mar con su armonía turbulenta;
La flor que brota en e fecundo Mayo;
La nube do se fragna la tormenta,
Y en cayo seno se elabora el rayo.

—
¿Qué alma ciega ó estulta

No acata ese poder que bri la en todo;
Desde el astro que gira en el vacío,
Hasta el misero insecto que se oculta
En el charcal de repugnante lodo?
La rítmica canción que entona el río;
El rumor del torrente que desata
En ola fiera su raudal de plata;
De la argentada luna el claro broche;
Las estrellas brillando en el sombrío
Y puro azul del cielo de la noche,
Pruebas són de su inmenso poderío.

—
¡Dios! Al pensar en El, el alma inquieta
Se abisma en misteriosas reflexiones.
El enciende en la mente del poeta
El fuego de las bellas creaciones,
Y dulcifica su áspero destino
Dándole las doradas ilusiones;
El inflama en el alma del asceta
El sacro fuego del amor divino,
Y santa inspiración presta al profeta.

—
El hombre en el revuelto torbellino
De la vida, queriendo, miserable,
El velo desgarrar que á Dios envuelve,
Intenta descubrir lo impenetrable;
Pero toda su ciencia
Se estrella ante el arcano,
Y queda reducido á la impotencia;
Y furioso y blasfemo se revuelve
Queriendo analizar lo sobrehumano,
Cual si tuviera el misero gusano
Alas para elevarse hasta la cumbre,
Y ya del aire dueño soberano
Beber del sol la immaculada lumbre.

¡Dios! Eterna verdad, siempre escondida,
 Pero siempre patente
 Ante la humanidad que, dolorida,
 Sólo encuentra consuelo
 Al levantar la frente
 Por lucha pertinaz enardecida,
 Y al pasear con la mirada el cielo.
 Entonces la oración al labio acude;
 El fatigado corazón sacude
 Su pena abrumadora;
 El alma aspira una divina esencia
 Que baja envuelta en luz consoladora,
 Y rosada y gentil viene la aurora
 La noche á iluminar de la existencia.

LUIS DEL RÍO

EL LIBRO TALONARIO

HISTORIETA

I

Voy á referir un sucedido rigurosamente histórico.

La acción comienza en Rota. Rota es la menor de aquellas encantadoras poblaciones hermanas que forman el amplio semicírculo de la bahía de Cadiz; pero, con ser la menor, no ha faltado quien ponga los ojos en ella. El duque de Osuna, á título de duque de Arcos, la ostenta entre las perlas de su corona hace muchísimo tiempo, y tiene allí su correspondiente castillo señorial, que yo pudiera describir piedra por piedra...

Mas no se trata aquí de castillos ni de duques, sino de los célebres campos que rodean á Rota y de un humildísimo hortelano, á quien llamaremos *el tío Buscabetas*, aunque no era éste su verdadero nombre.

Los campos de Rota (particularmente las huertas) son tan productivos, que además de tributarle al duque de Osuna muchos miles de fanegas de grano y de abastecer de vino á toda la población (poco amante del agua potable y malísimamente dotada de ella), surten de frutas y legumbres á Cádiz, y muchas veces á Huelva, y en ocasiones á la misma Sevilla, sobre todo en los ramos de tomates y calabazas, cuya excelente calidad, suma abundancia y consiguiente baratura exceden á toda ponderación, por lo que en *Andalucía la Baja* se da á los roteños el dictado de *calabaceros* y de *tomateros*, que ellos aceptan con noble orgullo.

Y, á la verdad, motivo tienen para enorgullecerse de semejantes motes; pues es el caso que aquella tierra de Rota que

tanto produce (mé refiero á la de las huertas), aquella tierra que dá para el consumo y para la exportación, aquella tierra que rinde tres ó cuatro cosechas al año; ni es tal tierra ni Cristo que la fundó, sino arena pura y limpia, expelida sin cesar por el turbulento océano, arrebatada por los furiosos vientos del Oeste y esparcida sobre toda la comarca roteña, como las lluvias de ceniza que caen en las inmediaciones del Vesubio.

Pero la ingratitud de la naturaleza está allí más que compensada por la constante laboriosidad del hombre. Yo no conozco, ni creo que haya en el mundo, labrador que trabaje tanto como el roteño. Ni un leve hilo de agua dulce fluye por aquellos melancólicos campos... ¿Qué importa? ¡El calabacero los ha acibillado materialmente de pozos, de donde saca, ora á pulso, ora por medio de norias, el precioso humor que sirve de sangre á los vegetales. La arena carece de fecundos principios, del asimilable *humus*... ¿Qué importa? ¡El tomatero pasa la mitad de su vida buscando y allegando substancias que puedan servir de abono y convirtiendo en estiércol hasta las algas del mar. Ya poseedor de ambos preciosos elementos, el hijo de Rota va estercolando pacientemente, no su heredad entera (pues le faltaría abono para tanto), sino redondeles de terreno del vuelo de un plato chico, y, en cada uno de estos redondeles estercolados, siembra un grano de simiente de tomate ó una pepita de calabaza, que riega luego á mano con un jarro muy diminuto, como quien da de beber á un niño. Desde entonces hasta la recolección, cuida diariamente una por una las plantas que nacen en aquellos redondeles, tratándolas con un mimo y un esmero sólo comparables á la solicitud con que las solteronas cuidan sus macetas. Un día le añade á tal mata un puñadillo de estiércol; otro le echa una chorreadita de agua; ora las limpia á todas de orugas y demás insectos dañinos; ora cura á las enfermas, entablilla á las fracturadas, y pone parapetos de caña y hojas secas á las que no pueden resistir los rayos de sol ó están demasiado expuestas á los vientos del mar; ora, en fin, cuenta los tallos, las hojas, las flores ó los frutos de las más adelantadas y precoces, y les habla, las acaricia, las besa, las bendice y hasta les pone expresivos nombres para distinguir las é individualizarlas en su imaginación. Sin exagerar: es ya un proverbio (y yo lo he oido repetir muchas veces en Rota que el hortelano de aquel país *toca por lo menos cuarenta veces con su propia mano á cada mata de tomates que nace en su huerta*. Y así se explica que los hortelanos viejos de aquella localidad lleguen á quedarse encorvados hasta tal punto, que casi se dan con las rodillas en la barba... ¡Es la postura en que han pasado toda su noble y meritoria vida!

II

Pues bien: el tío *Buscabetas* era uno de estos hortelanos.

Ya principiaba á encorvarse en la época del suceso que voy á referir, y era que ya tenía sesenta años y llevaba cuarenta de labrar una huerta lindante con la playa de la *Costilla*.

Aquel año había criado allí unas estupendas calabazas, tamañas como bolas decorativas de pretil de puente monumental, y que ya principiaban á ponerse por dentro y por fuera de color de naranja, lo cual quería decir que ya había mediado el mes de Junio. Conocíalas perfectamente el tío *Buscabeatas* por la forma, por su grado de madurez, y hasta de nombre, sobre todo á los cuarenta ejemplares más gordos y lucidos, que ya estaban diciendo *quisadme*, y pasábase los días mirándolos con ternura y exclamando melancólicamente:

—*¡Pronto tendremos que separarnos!*

Al fin, una tarde se resolvió al sacrificio, y, señalando á los mejores frutos de aquellas amadisimas cucurbitáceas que tantos afanes le habían costado, pronunció la terrible sentencia.

—Mañana,—(dijo),—cortaré estas cuarenta y las llevaré al mercado de Cádiz. ¡Feliz quien se las coma!

Y se marchó á su casa con paso lento, y pasó la noche con las angustias del padre que va á casar una hija al día siguiente.

—¡Lástima de mis calabazas!—suspiraba unas veces, sin poder conciliar el sueño. Pero luego reflexionaba, y concluía por decir:—Y ¿qué he de hacer sino salir de ellas? ¡Para eso las he criado! Lo menos van á valerme quince duros ..

Gradúese, pues, cuánto sería su asombro, cuánta su furia y cuál su desesperación, cuando, al ir á la mañana siguiente á la huerta, halló que, durante la noche, le habían robado las cuarenta calabazas .. Para ahorrarme de razones, diré que, como el judío de Shakespeare, llegó al más sublime paroxismo trágico, repitiendo frenéticamente aquellas terribles palabras de Shyllock, en que tan admirable dicen que estaba el actor Kemble:

—*¡Oh! ¡Si te encuentro! ¡si te encuentro!*

Púsose luego el tío *Buscabeatas* á recapacitar friamente, y comprendió que sus amadas prendas no podían estar en Rota, donde sería imposible ponerlas á la venta sin riesgo de que él las reconociese, y donde, por otra parte, las calabazas tienen muy bajo precio.

—¡Como si lo viera, están en Cádiz!—dedujo de sus cavilaciones.—El infame, pícaro, ladrón, debió de robármelas anoche á las nueve ó las diez, y se escaparía con ellas á las doce en el *barco de la carga* .. ¡Yo saldré para Cádiz hoy por la mañana en el *barco de la hora*, y maravilla será que no atrape al ratero y recupere á las hijas de mi trabajo!

Así diciendo, permaneció todavía cosa de veinte minutos en el lugar de la catástrofe, como acariciando las mutiladas calabazas, ó contando las calabazas que faltaban, ó extendiendo anu-

especie de *fé de livores* para algún proceso que pensara incoar hasta que, á eso de las ocho, partió con dirección al Muelle.

Ya estaba dispuesto para hacerse á la vela *el barco de la hora*, humilde falucho que sale todas las mañanas para Cádiz á las nueve en punto, conduciendo pasajeros, así como *el barco de la carga* sale todas las noches á las doce, conduciendo frutas y legumbres; y llámase *barco de la hora*, el primero, porque en este espacio de tiempo, y hasta en cuarenta minutos algunos días, si el viento es de popa, cruza las tres leguas que median entre la antigua villa del duque de Arcos y la antigua ciudad de Hércules.

III

Eran, pues, las diez y media de la mañana cuando aquel día se paraba el tío *Buscabeatas* delante de un puesto de verduras del mercado de Cádiz, y le decía á un aburrido polizonte que iba con él:

—¡Estas son mis calabazas! ¡Prenda V. á ese hombre!

Y señalaba al revendedor.

—¡Prenderme á mí!—contestó el revendedor, lleno de sorpresa y de cólera.—Estas calabazas son mías: yo las he comprado...

—Eso podrá V. contárselo al alcalde,—repuso el tío *Buscabeatas*.

—¡Que no!

—¡Que sí!

—¡Tío ladrón!

—¡Tío tunante!

—¡Hablen Vds. con más educación, so indecentes! ¡Los hombres no deben faltarse de esa manera!—dijo con mucha calma el polizonte, dando un puñetazo en el pecho á cada interlocutor.

En esto ya había acudido alguna gente, no tardando en presentarse también allí el regidor encargado de la policía de los mercados públicos, ó sea *el Juez de abastos*, que es su verdadero nombre.

Resignó el mando el polizonte en Su Señoría, y, enterada esta digna autoridad de todo lo que pasaba, preguntó al revendedor con majestuoso acento:

—¿A quién le ha comprado V. esas calabazas?

—Al tío Fulano, vecino de Rota,—respondió el interrogado.

—¡Ese había de ser!—gritó el tío *Buscabeatas*—¡Muy abonados para el caso! Cuando su huerta, que es muy mala, le produce poco, se mete á robar en la del vecino.

—Pero, admitida la hipótesis de que á V. le han robado anoche cuarenta calabazas,—siguió interrogando el regidor, volviéndose al viejo hortelano,—¿quién le asegura á Vd. que éstas, y no otras, son las suyas?

—¡Toma!—replicó el tío *Buscabeatas*.—¡Porque las conozco,

como Vd. conocerá á sus hijas, si las tiene! ¿No ve V. que las he criado? Mire V.: ésta se llama *rebolonda*; ésta, *cachigordeta*; ésta, *barrigona*; ésta, *coloradilla*; ésta, *Manuela*... porque se parecía mucho á mi hija la menor...

Y el pobre viejo se echó á llorar amarguísicamente.

—Todo eso está muy bien,—repuso el Juez de abastos;—pero la ley no se contenta con que V. reconozca sus calabazas: Es menester que la autoridad se convenza al mismo tiempo de la preexistencia de la cosa, y que V. la identifique con pruebas fehacientes...—Señores, no hay que sonreirse... ¡Yo soy abogado!

—¡Pues verá V. que pronto le pruebo yo á todo el mundo, sin moverme de aquí, que estas calabazas se han criado en mi huerta!—dijo el tío Buscabeatas, no sin grande asombro de los circunstantes.

Y, soltando en el suelo un lío que llevaba en la mano, agachóse, arrodillándose hasta sentarse sobre los pies, y se puso á desatar tranquilamente las anudadas puntas del pañuelo que lo envolvía.

La admiración del concejal, del revendedor y del coro subió de punto.

—¿Qué va á sacar de ahí?—se preguntaban todos.

Al mismo tiempo llegó un nuevo curioso á ver qué ocurría en aquel grupo, y, habiéndolo divisado el revendedor, exclamó:

—¡Me alegro de que venga V., tío Fulano! Este hombre dice que las calabazas que me vendió V. anoche, y que están aquí oyendo la conversación, son robadas...—Conteste V.

El recién llegado se puso más amarillo que la cera, y trató de irse; pero los circunstantes se lo impidieron materialmente, y el mismo regidor le mandó quedarse.

En cuanto al tío Buscabeatas, ya se había encarado con el presunto ladrón, diciéndole:

—¡Ahora verá V. lo que es bueno!

El tío Fulano recobró su sangre fría, y expuso:

—Usted es quien ha de ver lo que habla; porque si no prueba, y no podrá probar, su denuncia, lo llevaré á la cárcel por calumniader. Estas calabazas eran mías; yo las he criado, como todas las que he traído este año á Cádiz, en mi huerta del *Egido*, y nadie podrá probarme lo contrario.

—¡Ahora verá V.!—repitió el tío Buscabeatas acabando de desatar el pañuelo y tirando de él.

Y entonces se desparramaron por el suelo una multitud de trozos de tallo de calabacera, todavía verdes y chorreando jugo, mientras que el viejo hortelano, sentado sobre sus piernas, dirigía el siguiente discurso al concejal y á los curiosos:

—Caballeros: ¿no han pagado Vds. nunca contribución? ¿no han visto aquel libraco verde que tiene el recaudador, de donde va cortando recibos, dejando allí pegado un tocón ó pe-

zuelo, para que luego pueda comprobarse si tal ó cual recibo es falso ó no lo es?

—Lo que V. dice se llama el *libro talonario*,—observó gravemente el regidor.

—Pues eso es lo que yo traigo aquí: el *libro talonario* de mi huerta, ó sea los cabos á que estaban unidas estas calabazas antes de que me las robasen. Y, si no, miren Vds. Este cabo era de esta calabaza... nadie puede dudarlo... Este otro... ya lo están Vds. viendo... era de esta otra. Este más ancho... debe de ser de aquélla... ¡justamente! Y éste es de ésta... Ese es de esa... Esta es de aquél...

Y, en tanto que así decía, iba adaptando un cabo ó pedúnculo á la excavación que había quedado en cada calabaza al ser arrancada, y los espectadores veían con asombro que, efectivamente, la base irregular y caprichosa de los pedúnculos convenía del modo más exacto con la figura blanquecina y leve concavidad que presentaban las que pudiéramos llamar cicatrices de las calabazas.

Pusiéronse, pues, en cuclillas los circunstantes, incluso los polizontes y el mismo concejal, y comenzaron á ayudarle al tío *Buscabetas* en aquella singular comprobación, diciendo todos á un mismo tiempo con pueril regocijo:

¡Nada! ¡Nada! ¡Es indudable! ¡Miren Vds.!—Este es de aquí... Ese es de ahí... Aquélla es de éste... Esta es de aquél...

Y las carcajadas de los grandes se unían á los silbidos de los chicos, á las imprecaciones de las mujeres, á las lágrimas de triunfo y alegría del viejo hortelano y á los empellones que los guindillas daban ya al convicto ladrón, como impacientes por llevarsele á la cárcel.

Excusado es decir que los guindillas tuvieron este gusto; que el tío Fulano vióse obligado desde luego á devolver al revendedor los quince duros que de él había percibido; que el revendedor se los entregó en el acto al tío *Buscabetas*, y que éste se marchó á Rota sumamente contento, bien que fuese diciendo por el camino:

—¡Qué hermosas estaban en el mercado! ¡He debido traerme á *Manuela*, para comérmela esta noche y guardar las pepitas!

P. A. DE ALARCÓN.

LA CORONA DEL HUÉRFANO (1)

Era Juan un muchacho simpático, atrevido, vivaracho,

(1) Del notable libro *Poemas infantiles*.

de clara y natural inteligencia,
de gustos espontáneos y sencillos,
y dotado de tal independencia
que le era muy frecuente «hacer novillos».

Ya en el campo, sin freno ni más guía
que su temeridad, libre seguía
el vuelo de las raudas mariposas,
del arroyo la límpida corriente;
ó dormía al arrullo de una fuente
entre el perfume de silvestres rosas.

Su buen padre fruncía el torvo ceño,
y le privaba á veces de la cena;
mas antes de entregarse Juan al sueño,
su madre, débil y en exceso buena,
á escondida del padre le llevaba
la ración con que el hambre contentaba.

Y Juan, entre propósitos de enmienda
y abrazos de su madre, se dormía,
¡que era tan dulce aquella reprimenda
como el manjar que á un tiempo le servía!

II

Una tarde, Juanito el novillero,
en su casa al entrar, quedó aterrado
con algo doloroso y lastimero:
sobre el lecho postrado
su padre respiraba débilmente;
junto á él, puesta de hinojos,
su madre alzaba la angustiosa frente
y daba curso al llanto de sus ojos:
¡qué extrañas emociones sufrió el niño
de espanto, de ansiedad y de cariño!

—Temí morir sin verte,—
el enfermo exclamó. (Juan no se daba
bien cuenta de la vida y de la muerte,
mientras al moribundo se acercaba.)—
Mandé por ti á la escueta
y no estabas allí... Dios ha venido...
y, pues que logro verte me revela
que mi anhelo postrer está atendido.
En la pobreza que viví me muero,
sólo puedo legarte honrado nombre;
pero en este momento postrimero
jura que has te enmendarte, hacerte hombre
y que por ti no verterá más llanto
la pobre madre que te quiere tanto.—

Y mientras que con pulso mal seguro
el padre acariciaba la cabeza
de Juan, éste exclamó con entereza
y su emoción ahogando: —¡Te lo juro!

III

Al inmediato día
sagrada tierra el cuerpo recibía
del que ser le dió á Juan; y grave y serio
éste fué con su madre, de la mano,
de la muerte advirtiendo ya el arcano,
hasta el humilde y pobre cementerio;

Un responso rezado por el cura,
tierra no más por toda sepultura,
y encima, sujetándose entre el lodo,
sin inscripción siquiera,
mezquina cruceilla de madera
sobre el yerto cadáver. He aquí todo.

Y la madre de Juan, la triste viuda
á su dolor de nuevo se abandona,
y rompe su aficción hasta allí muda,
gimiendo: — ¡Ni siquiera una corona!

IV

El tenaz novillero

cambió de modo tal desde aquel día,
que el maestro de la escuela, don Severo,
aunque la aplicación de Juan veía,
ni acertaba á explicarse tal mudanza,
ni le inspiraba entera confianza.

— Dios ha tocado el corazón, sin duda,
del hijo de la viuda. —
solía repetir frecuentemente;
y era verdad completa y evidente.

— Madre mía: hoy es fiesta
escolar; habrá música de orquesta,
discurso del alcalde, gallardetes,
disparo de cohetes,
y reparto de premios mucho antes
á todos los mejores estudiantes.

Acompáñame tú.

— Sí que lo haría;
pero en tales escenas de alegría
no siento bien llevando de atributo
esta toca sombría
que del alma pregoná el negro luto. —

Pero el niño mostró tal insistencia
que, rindiéndose al ruego
de Juan, contribuyó con su presencia
á la fiesta infantil que empezó luego.
Y sola en el rincón más retirado,
y queriendo pasar inadvertida,
vió al maestro y al alcalde en el estrado,
y escuchó al magistrado

recitar su oración bien aprendida.

Pero ¿qué es lo que escucha? ¿Se equivoca?

«Primer premio á Juan Gómez.» No, no hay duda, que una corona de laurel coloca la autoridad al hijo de la viuda.

Y en tanto que la gente rompe en aplausos y al muchacho aclama, la madre del rapaz, que tanto le ama, nota que el llanto ardiente baña su rostro... Lloro de ventura la que tanto llorara de amargura.

Al salir de la fiesta:—Madre mía,

—le dice Juan con aire de misterio,—

no vayamos á casa todavía.

—Pues ¿dónde quieres ir?

—Al cementerio.

Todo el mundo al que es pobre le abandona:

ya que le hice sufrir á padre tanto,

voy á dejar, mojada con mi llanto,

en su olvidada tumba, esta corona.

M. OSSORIO Y BERNARD.

LOS BAILES QUE SECAN LÁGRIMAS

Caridad que se ejercita bailando y luciendo galas, sobre mullidas alfombras, bajo brillantes arañas y entre perfumes y flores, blondas, brillantes y gasas, caridad es que organiza bailes para secar lágrimas.

Caridad que nunca ha visto la miseria y la desgracia en los hogares del pobre, del hospital en las salas, ni ha dado pan al hambriento, ni ha dado al sediento agua, caridad es que organiza los bailes que secan lágrimas.

Caridad que tira el oro y miles de duros gasta en abanicos y encajes, sedas, perfumes y alhajas, insultando con su brillo

al que vive en la desgracia, es caridad que se ostenta en bailes que secan lágrimas.

Caridad... ¡pero ya cese por mí de ser profanada con irónico sarcasmo esa bendita palabra! Que esa caridad de pega no es la caridad cristiana. Esta se oculta humildosa, aquélla se ostenta vana; ésta viste de sayales, aquélla de raso y gasas; ésta vive entre los pobres, aquélla en brillantes salas; ésta llora, aquélla ríe; ésta reza, aquélla baila; ésta es virtud de los cielos, aquélla es indigna farsa, farsa indigna que organiza los bailes que secan lágrimas.

T.

Retrato del Papa por S. Em. el Cardenal Gibbons.

(Conclusión)

FILÓSOFO, POETA, PATRIOTA

León XIII es un ferviente admirador de Santo Tomás de Aquino, cuyas obras ha recomendado en su Encíclica *Eterni Patris*, restaurando los estudios tomistas.

En sus ratos de vagar, León XIII no se desdén de componer odas latinas ó sonetos italianos. Sus poemas, que formarían un grueso volumen, son también admirables. Recordaremos tan sólo sus versos autográficos *Ad Josephum Fratrem*, publicados en el año último.

Hay una cualidad de León XIII que ha sido obscurecida por la pasión política: tal es su patriotismo. Como verdadero italiano, León XIII desea el primero la gloria de su patria y su vuelta á la amistad y sumisión á la Santa Sede.

EN LOS ÚLTIMOS AÑOS

La sabiduría y la previsión del Sumo Pontífice en estos últimos años, se muestra bien claramente en su menosprecio de las fases pasajeras de la política, y su interés, cada día mayor, que se toma por los problemas sociales de moral ó de educación, que el siglo próximo parece habrá de resolver.

En los Estados Unidos ese interés ha tenido una expresión práctica en la aprobación y alientos dados á la Universidad Católica de Washington, al propio tiempo que en la parte personal que Su Santidad ha tomado en la dirección espiritual del catolicismo en América. Bajo su patronato inmediato fué fundada aquella Universidad, y después de su fundación, la ha tenido siempre presente en su ánimo y puede anticiparse que recibirá bien pronto nuevas pruebas de la solícitud del Pontífice.

Los pontífices nunca no mezclarse en la política, pero nunca pueden dejar de ser grandes factores en los movimientos políticos del mundo civilizado. Los triunfos de la Santa Sede en este campo, como en el de la fé y en el de la moral, han sido notabilísimos desde que ocupa León XIII la silla de San Pedro, debiéndose á la iniciativa inmediata del Sumo Pontífice, ayudado por el talento de su secretario de Estado Cardenal Rampolla.

Bismarck mismo ha reconocido que no se consideraba, como diplomático, con talla suficiente para luchar con el paciente, constante y previsor Pontífice.

EL HOMBRE DE ESTADO Y EL DIPLOMÁTICO

Al talento político de León XIII se debe la reconciliación de los partidos en Francia y la solución de las dificultades que separaban á Roma de esta nación; al propio talento se debe el restablecimiento de las relaciones amistosas con Rusia y el robustecimiento de las buenas relaciones con Inglaterra; todo lo cual viene preparando el gran triunfo del Pontificado, el día en que se le constituya árbitro y factor de la paz universal, cuyo triunfo será debido á León XIII.

El ascetismo del Padre Santo, su indiferencia por las privaciones de la vida, su menosprecio habitual de sí mismo, y su infatigable energía, causan la admiración más profunda. Podría creerse que la dirección de esos árdulos negocios de la Iglesia no le dejan tiempo para cuestiones de importancia secundaria. Y, sin embargo, lejos de esto, en medio de esas grandes ocupaciones, encuentra Su Santidad ocasiones para reformar pequeños abusos ó recordar asuntos de pequeñísima importancia.

SU AMOR POR LAS ARTES Y LA CIENCIA

León XIII es aficionado á la música, particularmente á la de Palestrina. Cree, sin embargo, que es preciso poner límites á la música del ritual de la Iglesia, y desprecia la música sensual. Los múltiples cuidados de su elevado ministerio le permiten bien pocos momentos para dedicarse al cultivo de las otras artes. Posee, sin embargo, admirablemente, la arquitectura, se relaciona con los primeros literatos contemporáneos y se interesa vivamente por los adelantos de la juventud estudiosa.

A pesar de su edad goza de una salud perfecta; conserva toda su fuerza intelectual y toda la lucidez del espíritu. Su actividad y su celo conservan todo el ardor juvenil.

UN GRAN PONTÍFICE

León XIII ocupará en la historia el lugar de un gran Pontífice.

Es un gran hombre de Estado, un gran moralista, un escritor admirable, un observador perspicaz y un pensador profundo; pero su memoria será evocada sobre todos estos títulos como el de un modelo de cristiano, guarda de la fe, y Padre de la Iglesia.

Su figura no necesita alabanzas, no necesita adornos: brilla y brillará siempre por su propia luz.

PENSAMIENTOS SOBRE LA EDUCACIÓN

RECOGIDOS POR A. T. DE M.

«El más importante y principal negocio público es la buena educación de la juventud.» (Platón.)

«No hemos nacido para nosotros, sino para la república.» (Cicerón.)

«Los niños son lo que se quiere que sean.» (Terencio.)

«No hay carácter tan duro que no pueda suavizarse con una buena educación, y que, á poca docilidad que tenga, no pueda hacerse útil á la sociedad.» (Horacio.)

«El mejor entendimiento se embrutece si no se cultiva.» (Id.)

«La travesura está como aneja á la juventud, y, al contrario, á la vejez la prudencia: es necesario velar sobre la conducta de los jóvenes para impedir sus extravíos.» (Cicerón.)

«El desorden es hijo de la libertad.» (Terencio.)

«El hombre necesita freno, especialmente en la primavera de su edad.» (Séneca.)

«El regular defecto de la juventud es no moderar los impetuosos movimientos de su edad.» (Id.)

«Bien raro será el joven á quien con verdad pueda decirse: la prudencia ha prevenido vuestros años; sabéis hablar y callar á tiempo.» (Persio.)

«Preguntando á Aristipo, ¿qué era lo que se debía enseñar á los niños? Lo que deben hacer, respondió, cuando sean hombre.» (Id.)

«El principal cuidado de un padre de familias debe ser la educación de sus hijos, porque regularmente se juzga de éstos por aquéllos.» (Virgilio.)

«¡Felices los niños que tienen á la vista padres y abuelos recomendables por su virtud y acciones! Estos son preciosos libros de moral para sus descendientes, en los que nunca, por más que los lean dejarán de hallar que aprender.» (Ovidio.)

«El verdadero y seguro medio de formar los hombres virtuosos, es empezar á practicar por sí mismo lo que se quiere hacer observar á otros; si aconsejais á un joven que sea modesto, enseñalle antes á serlo con vuestro ejemplo que con vuestras palabras.» (Id.)

«Es largo y penoso el camino que conduce á la virtud por el precepto, breve y seguro por el ejemplo. Mas hombres grandes formó Sócrates con sus costumbres que con sus lecciones.» (Séneca.)

«Los súbditos se forman con el ejemplo del príncipe, los discípulos con el del maestro, y los hijos con el de sus padres. Es tal la condición de los superiores, que parece mandan todo lo que hacen.» (Quintiliano.)

«¡Padres de familias, buscad solícitos para vuestros hijos

unos maestros cuya vida sea irreprochable, cuyas costumbres inocentes, y cuya capacidad é instrucción sean poco comunes!» (Plutarco.)

«No hay animal cuyo carácter sea más difícil de manejar, ni que pida más destreza en el que le gobierna, que el hombre.» (Séneca.)

«Dos excesos deben evitarse en la educación de la juventud: demasiada severidad y demasiada dulzura.» (Platón.)

«No siempre debe corregirse la falta al punto que se comete. Se ven ordinariamente unas ligeras llagas hacerse graves por el mal método de curarlas; tal vez hubiera sido mejor no tocarlas.» (Ovidio.)

«Cuando el hijo esté enfurecido, esperad que se sosiegue, que no tardará. El castigo es el remedio, la enmienda el fin.» (Id.)

«Castiguese al niño sin cólera y sin furor: un padre que se deja dominar de esta pasión, no sabe guardar un medio, y castiga con extremo. *Castigad por mí á ese criado, que yo estoy muy enfadado*, dijo Platón á su hijo.» (Cicerón.)

«Padres de familias: cuando mandéis alguna cosa á vuestros hijos, sed concisos en las palabras, para que de ellas se acuerden. La ley debe ser breve como oráculo de la divinidad, para que todos la entiendan y retengan con facilidad: la ley mande, no dispute: decid en pocas palabras lo que queréis se haga por vuestros hijos: no oyen para aprender, sino para obedecer.» (Séneca.)

«Cuando decís á un niño que es locura regalar á un amigo y socorrer al necesitado, le enseñáis, sin advertirlo, á robarlos, á engañarlos y á amontonar riquezas, aun á costa de los mayores delitos.» (Juvenal.)

«No son muy apreciables los niños en quienes se ve una anticipada sabiduría. Deseo sí que haya algo que quitar en ellos. Los frutos que maduran antes de tiempo, con dificultad se conservan.» (Cicerón.)

«El trabajo moderado fortifica el espíritu; lo debilita cuando es excesivo: así como la agua moderada nutre las plantas, y la demasiada las ahoga. Es preciso dejar respirar á los niños: el descanso es el sánete del trabajo.» (Plutarco.)

«Padres de familias: no se oiga jamás en vuestras casas una palabra deshonesta; no se vea en vosotros acción que no sea decente. Es preciso mirar á los niños, y obrar delante de ellos con mucha circunspección; y por más tierna que sea su edad, no por eso seáis menos contenidos en su presencia. Deténgaos la inocente edad de vuestros hijos en el punto mismo que vais á precipitaros en el desorden.» (Juvenal.)

¡Qué bella lección de pagano para tantos padres cristianos que con su desarreglada conducta son la ruina y perdición de sus hijos!